

INTRODUCCIÓN

LA MUERTE Y NUESTRA ESPERANZA FUTURA

Dios creó a los seres humanos para que disfrutaran la eternidad en una relación de amor con él y con su Creación. Pero, la misteriosa aparición del pecado dentro de los atrios celestiales (Isa. 14:12-15; Eze. 28:12-19; Apoc. 12:7-12) y la posterior caída de Adán y de Eva (Gén. 3:1-19; Rom. 5:12) distorsionaron esta relación. Trágicamente, la muerte envolvió no solo a la raza humana sino también toda vida existente. En la actualidad se pueden observar expresiones de muerte en las hojas que caen de los árboles, las flores que se marchitan en los jarrones, las mascotas inocentes que mueren en agonía y los seres queridos que se nos van tan cruelmente. Nuestro mundo está lleno de sufrimiento y lágrimas sin enjugar.

Con la añoranza de un mundo mejor, la gente ha retratado muchos “paraísos” en los que le gustaría vivir. Por ejemplo, en 1933 el novelista inglés James Hilton lanzó su libro *Horizontes perdidos*, que unos años después se convirtió en una película con el mismo título. La película refleja la difícil situación de un avión que se queda sin combustible y finalmente se estrella contra las montañas del Himalaya cubiertas de nieve. El piloto muere en el accidente, pero un grupo de tibetanos saca de entre los restos a los pocos sobrevivientes y los escoltan hasta el paradisíaco valle de Shangri-La. Aislados del mundo exterior, los habitantes crecen en amor y sabiduría, y llevan una vida casi inmortal de armonía y alegría duraderas.

Por supuesto, esto solo es ficción.

Como seres humanos mortales, necesitamos seguridad en el presente y esperanza para el futuro. Como bien afirmó el teólogo suizo Emil Brunner, “el oxígeno es a los pulmones lo que la esperanza para el sentido de la vida. Si eliminas el oxígeno, hay muerte por asfixia; si quitas la esperanza, la humanidad se constriñe por falta de aliento. Surge la desesperación, que presagia la parálisis de los poderes intelectuales y espirituales por una sensación de insensatez y un sinsentido existencial. Así como el destino del organismo humano depende del suministro de oxígeno, el destino de la humanidad depende de su suministro de esperanza” (E. Brunner, *Eternal Hope*, p. 7). De hecho, la esperanza bíblica nos sostiene durante las crisis existenciales que enfrentamos en nuestro camino hacia la Eternidad.

En contraste con el Shangri-La ficticio de *Horizontes perdidos*, nuestra esperanza de vida eterna “no [...] sigu[e] fábulas artificiosas” (2 Ped. 1:16). Se basa en la segura promesa divina de un mundo perfecto sin más lágrimas, dolor ni muerte (Apoc. 21:1–5). Esta preciosa promesa inspiró a la iglesia apostólica, y muchos cristianos la abrazaron y la atesoraron a lo largo de los siglos. Esta misma promesa no ha perdido su poder en ningún

momento, y da sentido y propósito a nuestra vida actual. Nos permite mirar con confianza al futuro. Nos asegura que todos nuestros seres queridos que murieron en Cristo finalmente resucitarán de entre los muertos, para heredar la vida eterna.

Esta Guía de Estudio de la Biblia trata el tema del gran conflicto entre el bien y el mal desde la perspectiva de dos grandes temas. Uno es el *origen y la persistencia del pecado y la muerte*; el otro tema es la *obra duradera de Dios para resolver estos problemas y hacer que el mundo vuelva a su condición perfecta original*. También se hace especial hincapié en la naturaleza mortal de los seres humanos y en que la resurrección es lo que conduce a la inmortalidad. En verdad, no debemos temer la muerte porque Cristo murió por nosotros y venció el poder de la muerte. De hecho, se nos asegura que él tiene “las llaves de la muerte y de la tumba” (Apoc. 1:18, NTV).

Este trimestre exploraremos el doloroso tema de la muerte, pero a través de la lente de la esperanza que nos ofrece Jesús.

El Dr. Alberto R. Timm obtuvo su doctorado en Teología en la Universidad Andrews. Actualmente es director asociado del Patrimonio Ellen G. White y miembro de junta del Instituto de Investigación Bíblica (BRICOM) y del Instituto de Investigación de Geociencias (GRICOM). Anteriormente, se desempeñó como director del Seminario Adventista Latinoamericano de Teología (SALT) en diversos campus.